

Lobo lobito, ¿estás ahí?... No; he sido extirpado

0

Historia de la extirpación del lobo gris (*Canis lupus*) en el sur del Altiplano Mexicano

Wolf, little wolf, are you there?... No; I have been extirpated or History of the extirpation of the gray wolf (*Canis lupus*) in the southern part of the Mexican Plateau

Recepción del artículo: 14/11/2023 • Aceptación para publicación: 22/11/2023 • Publicación: 05/01/2024

● <https://doi.org/10.32870/e-cucba.vi21.317>

Eric Mellink

Centro de Investigación Científica y de Educación Superior de Ensenada. Departamento de Biología de la Conservación. Ensenada, Baja California. México.

Mónica E. Riojas-López

Universidad de Guadalajara. Centro Universitario de Ciencias Biológicas y Agropecuarias. Departamento de Ecología Aplicada. Zapopan, Jalisco, México.

*Autor para correspondencia: monica.riojas@academicos.udg.mx

Resumen

Después del humano, el lobo gris es el mamífero que tenía la mayor área de distribución mundial natural conocida. En ella, mientras el humano fue cazador-recolector el lobo gris fue un animal totémico, guía espiritual y amigo, pero paulatinamente, en Europa y Asia, dicha percepción cambió al de alimaña indeseable que había que eliminar, debido a su depredación de animales domésticos. Los europeos trajeron ese sentir a las Américas y el lobo gris fue perseguido hasta que se le erradicó de la mayor parte de su distribución, incluido de todo México. En este trabajo revisamos la historia de su erradicación en la parte sur del Altiplano Mexicano. En esta región, la persecución que culminó en su extirpación se desarrolló del siglo XIX a mediados del siglo XX. La historia del lobo en la región no es única, sino que es compartida con la de muchas especies cuando dos culturas diferentes se encuentran y el capital tiene la última palabra.

Palabras clave: Llanos de ojuelos, Bledos, Jalisco, Guanajuato, San Luis Potosí

Abstract

After humans, the gray wolf is the mammal that had the largest known natural global distribution. Throughout it, while humans were hunter-gatherers the gray wolf was a totemic animal, spiritual guide, and friend, but gradually, in Europe and Asia, this perception changed to that of undesirable vermin that had to be eliminated, due to its predation on domestic animals. Europeans brought that sentiment to the Americas and the gray wolf was persecuted until it was eradicated from most of its range, including from all of Mexico. In this paper we review the history of its eradication in the southern part of the Mexican Plateau. In this region, the persecution that culminated in its extirpation developed from the 19th Century to the mid-20th Century. The history of the wolf in the region is not unique but it is shared with that of many species when two different cultures meet and capital has the last word.

Keywords: Llanos de ojuelos, Bledos, Jalisco, Guanajuato, San Luis Potosí

Introducción

Para casi la totalidad de los humanos que habitamos actualmente el planeta Tierra, los lobos (*Canis lupus*) son solo parte de un imaginario colectivo, en ocasiones con características simbólicas. Esto es entendible en el caso de todos los habitantes del hemisferio sur, en el cual nunca existieron lobos. Sin embargo, casi todos los humanos que vivimos en el hemisferio norte lo hacemos en lugares que, en un pasado no demasiado lejano compartimos con lobos.

Históricamente, la distribución natural del lobo gris abarcaba casi todo el hemisferio norte y era tan extensa que fue la segunda en amplitud después de la nuestra; ningún otro animal se le acercaba siquiera (Nowak, 1999). El lobo ocupó toda Europa y casi toda Asia, incluyendo Japón (Nowak, 1999). En Norte América, el lobo se distribuía desde el extremo norte del continente hasta el sur del estado de Oaxaca. A lo largo de la frontera norte de México se le encontraba desde las estribaciones occidentales de la Sierra Madre Occidental, en Sonora, hasta la costa de Tamaulipas, y de ahí por sobre la altiplanicie del norte de México a través de los valles altos del centro del país hasta las mesetas del centro de Oaxaca (Hall, 1981). Sin embargo, actualmente esta especie se encuentra prácticamente extirpada del territorio nacional. Las causas son diversas y complejas, pero se explican, esencialmente, por un cambio en la relación de nuestra especie con la naturaleza que está ligado a razones culturales y económicas.

En este trabajo nos proponemos hacer un recuento de esas causas y resaltar cómo el lobo, después de haber sido un animal sagrado pasó a ser el enemigo a combatir llevando eventualmente a su extirpación de todo México. Salvo la relatoría general de Leopold (1977) dicho proceso no se ha analizado para el país. Aquí nos enfocamos en la parte sur del Altiplano Mexicano que es una región en la que hemos realizado varias décadas de investigación de campo y conocemos bien.

Lobos y humanos compartían muchas cosas: ambos cazaban grandes herbívoros en grupos familiares, vivían en sociedades en las que había cooperación entre los miembros de un clan, crianza grupal de las crías, ceremonias de grupo y

otros atributos (Fritts *et al.*, 2003). Quizás por ello, humanos y lobos han tenido una turbulenta y variante relación a lo largo de su historia. En la antigüedad, para los grupos humanos de cazadores en todo el mundo los lobos eran respetados, admirados, venerados, considerados guías, protectores totémicos, pero no animales temidos. Además, los lobos formaban parte de muchas tradiciones mitológicas en todo el mundo, como para los celtas y los egipcios, para quienes los lobos acompañaban a los dioses. De los mitos más conocidos es la historia de la fundación de Roma, en el cual los hermanos Rómulo y Remo fueron amamantados por una loba. Esta relación entre lobos y humanos eventualmente cambió, aunque ello ocurrió en diferentes momentos en diferentes partes del mundo.

Con la invención de la agricultura, el humano paulatinamente se fue alejando de su hermandad con la naturaleza, transformándose de humano cazador en humano maestro (Guggisberg, 1970). En esta fase, el humano se consideraba superior a la naturaleza y con el derecho a hacer con ella lo que se le antojara (y pudiera). Después de haber sido parte integral del medio natural, ahora lo menospreciaba. Una consecuencia importante de este cambio de paradigma fue la reconfiguración de las percepciones espirituales: de universos espirituales politeístas y animistas a religiones monoteístas en las que el humano, y solo el humano, es cercano a un dios, por encima del resto de los componentes del mundo vivo.

El desarrollo tecnológico que trajo la invención de la agricultura incluía, en Europa y Asia, la crianza de ganado de pastoreo, mismo que era susceptible de ser depredado por grandes carnívoros, de los que el lobo era el que tenía mayor cercanía con el humano. Esto, junto con el cambio de paradigma implicó que el antes amigo y admirado lobo poco a poco se convirtiera en odiado y repudiado enemigo. Puede suponerse que mientras los “civilizados” y sedentarizados agricultores y pastores se alejaban de su afiliación con la naturaleza, los rústicos y “primitivos” grupos de cazadores seguían manteniendo sus relaciones culturales con los lobos. Esto seguramente contribuyó para que los primeros acumularan más argumentos en contra de los lobos y poco a

poco lo satanizaron.

El cambio en la relación hombre-lobo no fue en un plazo breve, sino que tomó siglos, quizás milenios, en consolidarse como lo muestra el mito de Rómulo y Remo, cuando la agricultura ya tenía varios milenios de haberse inventado. Curiosamente, en Japón, donde también se inventó la agricultura, los lobos, llamados *ookami* (“gran dios”), eran muy apreciados e incluso se les erigían capillas y dedicaban rezos, pues reducían las poblaciones de fauna que arruinaban las cosechas (Fritts *et al.*, 2003). Posiblemente haya ayudado que la agricultura en Japón se inventó mucho más recientemente que en el Medio Oriente y que la subespecie local de lobo era pequeña, además de que su agricultura no incluía ganado menor. Pero aún en Japón, cuando los Shogun perdieron el poder en 1867, la nueva clase dominante llevó asesores occidentales para modernizar la agricultura, y en este proceso se impulsó una lucha contra los lobos (Fritts *et al.*, 2003). Esta lucha llevó a la extinción de las dos subespecies de lobo que ahí ocurrían.

En Europa, los lobos no fueron satanizados sólo por su depredación de ganado, sino que la iglesia católica contribuyó de manera importante al usarlos como ejemplos negativos, relacionándolos con las causas de los santos. Más aún, en la Edad Media, los religiosos enseñaban que quienes trataban con el diablo se convertían en hombres-lobo, y que el no creer en la existencia de éstos era herejía (McDonald, 2020).

Durante el periodo de humano maestro se crearon diversos elementos culturales en los que el lobo aparece como malo, odioso o, en el mejor de los casos, bobo. Estas incluyen, de manera bastante antigua, tres fábulas de Esopo (ca. 620-564 antes del presente): El lobo con piel de cordero, El Asno y el lobo y El pastor mentiroso. De esta última se derivó la expresión en inglés "to cry wolf" (gritar lobo), como sinónimo de dar una alarma falsa. El clímax de satanización del lobo está reflejado la locución “Homo homini lupus” (el hombre es el lobo del hombre; de Plauto, en el siglo III antes del presente), haciendo referencia a lo peor del ser humano.

Notable, e inolvidable, es el cuento de Caperucita Roja, en el que un lobo no solo pretende comerse a Caperucita Roja, sino que para hacerlo primero

engulle a su abuela (de Caperucita, no del lobo). Los orígenes de este cuento se pierden en la antigüedad, pues hay versiones similares que se puede rastrear hasta el siglo X cuando formaba parte de muchos cuentos tradicionales europeos, pero también tiene parecido con historias provenientes de Grecia y Roma (Anderson, 2000) y con cuentos asiáticos del siglo XIV, en las que el personaje no es un lobo, sino una tigresa (Anderson, 2000; Chih-chun, 1993).

Los poetas de la Península Ibérica no se quedaron atrás y crearon varios poemas que utilizaban a los lobos como entes nefastos. Entre ellos tenemos a Juan Ruiz Arcipreste de Hita (ca. 1283 - ca. 1350) “Libro de buen amor 23”, Gutierre de Cetina (1519–1554) “Un blanco, pequeñuelo y bel cordero”, y José María Gabriel y Galán (1870-1905) “A un rico” (todos ellos y el referido más abajo están disponibles en internet).

Estos poemas se complementan, desde luego, con la fábula de “Los tres cochinitos”, publicada por primera vez en 1886 en Inglaterra, pero probablemente mucho más antigua, en la que se utiliza al lobo como depredador de los dos marranitos flojos que no se aplicaron a hacer su casa. También está y la obra sinfónica Pedro y el Lobo (1936), en la que Sergei Prokofiev introduce el mundo de los instrumentos clásicos a los niños y en la cual el lobo representa el peligro de las zonas silvestres.

Norte América prehispánica

A diferencia de Europa, la relación entre humanos y lobos en Norte América seguía siendo armónica hasta antes de la llegada de los europeos a finales del siglo XV y durante el siglo XVI. Por ejemplo, en un estudio se encontró que todos los grupos humanos que aún existen en las Grandes Planicies (EE.UU.) tienen historias que describen a los lobos como guías, protectores, o entidades que enseñaron o mostraron directamente a los humanos cómo cazar (Fogg *et al.*, 2015). Además, el mismo estudio indica que parecía haber existido una relación recíproca en la que humanos y lobos se proporcionaban o compartían comida.

Aunque los principales grupos sedentarios del centro de México tenían una cultura y un patrón de asentamientos radicalmente diferentes a los de

los grupos de las Grandes Planicies, ellos también tenían una relación espiritual fuerte con los lobos. Estos fueron un componente importante en el imaginario ritual de los Mexicas, para quienes representaba a Huitzilopochtli, dios del sol y de la guerra y era un guía para que los guerreros caídos cruzaran por el peligroso río del inframundo (Alire García, 2017). Podemos suponer que este vínculo era un remanente cultural de los ancestros de los Mexicas que se desarrollaron en las zonas norteñas que habían ocupado hasta unos siglos antes (Carot y Hers, 2008).

La importancia de los lobos en la cultura Mexica se reflejó en diferentes ofrendas prehispánicas (Álvarez y Ocaña, 1999). En una de estas, riquísima, descubierta en el Templo Mayor en 2017, un lobo joven revestido con finos ornamentos incluyendo joyas de oro, fue enterrado durante el reinado del poderoso y temido rey Ahuitzotl (1486-1502; Álvarez y Ocaña, 1999). En Teotihuacan, además de bastantes entierros-ofrenda de lobos (Sugiyama y López Luján, 2006), se han encontrado también restos que parecen ser de lobarros, híbridos de lobo y perro, que, se interpretó, tenían por misión acompañar al sol durante la noche (Valadez *et al.*, 2002).

A pesar de la gran importancia ritual de los lobos en las culturas del centro de México, su mención por los cronistas antiguos es escueta y a veces confusa. Sin embargo, análisis meticulosos de las diferentes fuentes, con base en sus menciones en náhuatl, por Raúl Valadez, Alicia Blanco y Bernardo Rodríguez confirman su importancia simbólica y ritual para los Mexicas (Blanco *et al.*, 2007; Valadez Azúa, 2014).

Los grupos humanos al norte de la región del Valle de Anáhuac, es decir, el Altiplano Mexicano, fueron esencialmente cazadores-recolectores durante la mayor parte de la historia prehispánica. Estos convivían con lobos en todo su territorio y, aunque no hay ningún registro de su relación cultural con ellos, es válido suponer que los lobos eran elementos simbólicos importantes para ellos, tal como lo eran para los grupos de las Grandes Planicies.

Norte América postconquista

La “amistad” cultural entre humanos y lobos se perdió

con la llegada y eventual dominio cultural de los europeos, bajo el cual, y siguiendo la percepción en Europa, los lobos dejaron de ser amigos, guías, figuras totémicas o símbolos positivos, para adquirir las connotaciones negativas de animales nefastos y de enemigos. Los elementos culturales europeos importados a la América incluían, además de los arriba señalados, fábulas de Esopo y los cuentos de Caperucita Roja y de los tres cerditos. A estos se les unió la ronda infantil que da título a este artículo “Juguemos en el bosque mientras el lobo no está”, juego presuntamente inventado en 1852 en un centro psiquiátrico italiano, en el que el “lobo” era el diablo. Con el tiempo, el juego se trasladó al mundo infantil, donde en poco tiempo se volvió tan popular que se perdió el conocimiento de su origen (Anónimo, 2020).

No solo se importaron de Europa elementos culturales con una connotación negativa de los lobos, sino que en México don Francisco Gabilondo Soler, Cri Cri, nos dio su creación del Conejo Blas que con su escopeta iba a cazar un lobo (1964). Por su parte, como ejemplo del valor simbólico que los lobos han adquirido, en Nicaragua, aunque no hubo nunca lobos, Rubén Darío los usó en su prólogo II a Abrojos (1887) y en el poema infaltable en los certámenes escolares “Los motivos del lobo” (1913).

No todos concordaban con una connotación negativa de los lobos y, como ejemplo, Aldo Leopold reflexionó en “Thinking like a mountain” (Leopold, 1949) sobre



Figura 1. Niño vestido de marino sobre la piel disecada de un lobo, retrato. Fotografía de una serie de imágenes similares tomada por Agustín Casasola (ca. 1925). Mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

la irracionalidad de su exterminio. Sin embargo, el daño a la reputación del lobo ya estaba bien cimentado en Norte América, incluido México. Los lobos que en un tiempo ocuparon los peldaños más altos del imaginario espiritual y ritual, se hallaban ahora convertidos en leyenda, en el mejor de los casos, y en una malsana curiosidad, en el peor de ellos, tal como lo muestra una serie de fotografías tomadas por el fotógrafo mexicano Agustín Casanova alrededor de 1925 (Fig. 1).

Con esta nueva reputación del lobo, su proceso de extirpación de una gran parte de su distribución estaba en marcha, ya que no sólo se permitía su cacería, sino que activamente se buscaba su erradicación. Por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XIX, en México se utilizaban “loberas” para capturarlos. Estas consistían en un hoyo profundo de unos 8 m de circunferencia, cubierto por un entramado de ramas y follaje, suficientemente resistente para soportar un cordero que se amarraba en el centro, pero no a un lobo, de manera que cuando un lobo intentaba cazar al cordero cayera al fondo de la fosa y quedara ahí hasta el día siguiente cuando se le sacrificaba (Blásquez, 1868). El rancharo que había matado al lobo recorría la zona con el cadáver del lobo en ancas de su cabalgadura recogiendo “una limosna para enterrar al difunto” (Blásquez, 1868: 294).

En 1892, Edward W. Nelson registró en la ladera norte del Nevado de Toluca una lobera más permanente que la descrita arriba, aunque en desuso desde cuando menos 10 años antes de su visita. Esta consistía en una zanja circular de unos 6 m de profundidad y unos 2.1-2.4 m de ancho en su parte superior, teniendo forma de V en el fondo, con un pedestal central 2.4-2.7 m de diámetro en medio. Se amarraba un cabrito en el pedestal central, al tiempo que la zanja se cubría con ramas y hojas sueltas de manera que cuando un lobo quisiera acercarse al cabrito, cayera en ella (Young y Goldman, 1944).

El Sur del Altiplano Mexicano

El lobo era común en la parte sur del Altiplano Mexicano, tal como lo sugieren abundantes toponímicos: El Lobo (antiguamente la Hacienda de El Lobo), cerca de La Montesa; La Lobeña, cerca de Pinos; Boca de Lobos, Fresnillo; La Lobera

cerca de San Antonio de las Barrancas, en Jalisco; y Sierra de Lobos, Guanajuato.

Esta región no escapó del sentimiento anti-lobo y en el siglo XIX eran comunes las “corridas de lobos”, que entre La Montesa y Pinos se realizaban una o dos veces por año (Díaz De León, 1892-1910). Estas eran cacerías comunales en las que participaban decenas de vaqueros y caporales, y durante las cuales se forzaba a los lobos a salir de sus madrigueras y escondites por medio de ruido y se les arreaba hasta que se les podía lazar y, eventualmente, sacrificar. La última corrida se realizó en 1859 o 1860 (Díaz De León, 1892-1910). Tal método de atrapar lobos, lazándolos desde un caballo no era exclusivo del centro de México, ya que pinturas y dibujos del siglo XIX muestran variantes de él practicados en los EE.UU., Europa y Mongolia.

En otras corridas de lobos, aparentemente se les disparaba. De una corrida de este tipo, posiblemente en la Sierra de Las Amarillas, cerca de Matanzas, Jalisco, viene la siguiente anécdota. Arriando un grupo de lobos, una partida de cazadores se adentró en un cañón, pensando acorralarlos al final. Sin embargo, lejos de acorralarse, los lobos dieron media vuelta hacia la salida. Don Valente Esparza Murillo “El Compita” los vio venir y, recordando que los lobos atacaban a los burros comiéndoles las ancas, se repegó de frente a la pared exclamando “pues cómanselas”, resignado a la pérdida de sus nalgas. Para su fortuna, los lobos tenían más prisa por escapar que por darse un banquete y pasaron de largo dejando intacta su anatomía (Armando Esparza González, com. pers. Ojuelos de Jalisco, Jal. 13 de septiembre de 2021).

En un documento sumamente interesante, pero desafortunadamente no publicado, Ernesto Cabrera Villoro recuenta pláticas de su padre, don Ernesto Cabrera Ipiña, sobre lobos en San Luis Potosí (Cabrera Villoro, 2013). En él señala que, en la década de los 1920s, lobos depredaban borregos en la Hacienda de Santa Teresa, Aqualulco, S.L.P., aunque el mayor problema de depredación era por coyotes (*Canis latrans*). Percibidos como problema, en un inicio los coyotes y lobos se capturaban con cepos (Fig. 2) o eran matados a balazos, pero tiempo después se mataban con cilindros de cianuro (posiblemente

los llamados “coyote-getters”, inventados a finales de los 1930s, antecesores de los M44 que se inventaron a finales de los 1960s) o se les cazaba cuando se acercaban a un ternero, carnero o pollino vivo utilizado como señuelo y los encandilaban con una lámpara de cabeza.

En el curso de documentar la fauna de mamíferos del estado de San Luis Potosí, Walter W. Dalquest visitó Bledos en 1949 y 1950 y opinó que, si bien los lobos seguramente comían venados y otros animales grandes, su principal alimento era el ganado, especialmente los burros (Dalquest, 1953). Era tal su gusto por los burros que en la Hacienda de Bledos y sus alrededores los habían exterminado casi por completo en un solo año y los lobos se habían vuelto tan indolentes que atacaban incluso a burros amarrados cerca de casas, habiendo atacado a uno a menos de un kilómetro del pueblo y a menos de 90 m de un hombre durmiendo. Dalquest (1953) reportó que los campesinos tomaban la depredación con resignación, pero que ocasionalmente los vaqueros lazaban y mataban algún lobo y que se organizaban algunas cacerías contra lobos, pero con poco entusiasmo. A diferencia de este poco entusiasmo, Don Ernesto Cabrera Ipiña tomó particular interés en el control de lobos y coyotes.



Figura 2. Cepo lobero operado a principios del siglo 20, por Don Valente Esparza Murillo “El Compita”. Cortesía de Armando Esparza González.

La virtual extirpación del lobo de la región ocurrió antes del desarrollo de la campaña nacional contra los depredadores (Villa, 1960), que causó la erradicación de los últimos lobos en el norte del país. De acuerdo con Ernesto Cabrera Ipiña, el lobo comenzó a desaparecer en el país como consecuencia de la desaparición de los grandes hatos ganaderos, a partir de 1937 cuando el presidente Cárdenas inició su Reforma Agraria (Cabrera Villorio, 2013). La extirpación del lobo sí se puede relacionar de alguna manera con dicho reparto agrario, pero menos por

la disminución de los hatos ganaderos, que por el aumento de la población humana en la región. Como parte de los intentos de reducción de depredación por lobos, el propio Sr. Cabrera Ipiña fue comisionado para ayudar a extirpar una manada de lobos en El Bozal, municipio de Santo Domingo, S.L.P. en 1956 (Cabrera Villorio, 2013). Uno de los últimos reductos conocidos de lobos en la región parece haber sido la Hacienda de Bledos, donde su población había presumiblemente incrementado a mediados del siglo XX (Dalquest, 1953). En esa región había tres zonas con loberas: en un lugar próximo al bosque de La Carbonera que se conocía con el nombre de “Las Loberas” y en dos rinconadas muy ocultas en cañones, una al pie de la sierra del Zapote (o Xale), al sur del valle de Bledos y la otra, en la sierra de Bledos (o Azul), al norte del mismo valle (Cabrera Villorio, 2013). La abundancia de lobos era tal que en una sola jornada se podían cazar varios individuos. Los vaqueros los lazaban y mataban cuando había oportunidad y se organizaban algunas cacerías; a las crías se les sacaba de sus madrigueras para venderlas en San Luis Potosí o en los EE. UU. (Dalquest, 1953; Cabrera Villorio, 2013).

De Bledos provinieron 4 lobeznos, de los cuales tres se criaron en la casa de doña María Luisa Villorio en el centro de la ciudad de San Luis Potosí (Cabrera Villorio, 2013). Estos fueron protagonistas de otra anécdota, por demás divertida: cuando estos lobeznos comenzaron a aullar por la noche, un grupo de vecinos, confundiendo las vocalizaciones de los lobos con prácticas de canto, se acercó a Doña María para pedirle que cambiara la hora de ensayar ópera, pues les interrumpía el sueño (Cabrera Villorio, 2009). El último lobo en libertad que recordaba don Octaviano Cabrera Ipiña lo cazó el señor Abelardo Rodríguez Jr. a fines de los años cincuenta en el llano del Cempasúchil, San Pedro de Almoloya, Gto. (Penyak, 2007).

A pesar del recuerdo anterior, siguió habiendo lobos en la región de Bledos cuando menos por una década más. Ello nos fue descrito por un rancharo del poblado de Cabras en 2016 (Riojas-López *et al.*, 2019), y se refuerza con dos ejemplares colectados en zonas cercanas, uno por Percy Clifton, en 1966, entre Matanzas y Ciénega de Mata (posiblemente en la Presa de Juan Vaquero)

y otro en Bledos en 1969 (<https://www.gbif.org/occurrence/1421777662>. Consultado el 20 de abril de 2021).

Al Norte de la región anterior, en la zona árida del estado de Zacatecas, los lobos parecen haber desaparecido incluso antes que de la región de Bledos, aunque en la zona serrana de ese estado los últimos lobos se observaron en 1978 (Matson y Baker, 1986). Aunque el cazador y trampero de lobos Roy T. McBride consideró que en ese tiempo aún podría haber lobos en la zona serrana en la confluencia de los estados de Zacatecas, Aguascalientes y Jalisco (McBride citado por Matson y Baker, 1986), aunque ello no se confirmó.

Ocasionalmente, campesinos comentan sobre la presencia de “lobos” en la región de los Llanos de Ojuelos. Aunque nos gustaría pensar que ello es cierto, no hay evidencias que lo sustenten. Todas las evidencias apuntan a que el lobo ha sido extirpado de la región desde hace 5 décadas. Las alusiones modernas a lobos podrían referirse a híbridos de coyotes y perros, sobre todo los que derivan de perros grandes, tipo pastor alemán, como uno que nosotros vimos en el campo cerca de Ojuelos, Jal.

La extirpación del lobo del sur del Altiplano Mexicano parece irreversible, pues, aunque existe un importante esfuerzo gubernamental por salvar la subespecie propia de la mayor parte de México (*C. l. baileyi*), las áreas que se han concluido como potenciales para su reintroducción no incluyen la región (CONANP, 2009), posiblemente dado su grado de antropización y densidad humana.

La extirpación del lobo mexicano se une a otras pérdidas culturales y biológicas dolorosas para el sur del Altiplano Mexicano, comenzando por la de los Guachichiles sureños (Mellink *et al.*, 2018), e incluyendo la de berrendos (Mellink y Riojas-López 2020) y la casi desaparición de los tunales, nopaleras arborescentes (Riojas-López y Mellink, 2023). Si bien, quizás estemos dejando por herencia una región con una situación económica mejor para muchas personas, también, y de manera triste y culposa, estaremos dejando una región cultural y bióticamente muy empobrecida. El ejemplo de lobo gris que aquí les compartimos no es único de esta especie, sino que esa ha sido la historia de muchas especies cuando dos culturas diferentes se encuentran y el capital tiene la última palabra. Nos queda solo esperar que la siguiente generación sea más sensible

que la nuestra y se decida restaurar la riqueza biológica y cultural regional.

Agradecimientos

Agradecemos al Sr. Armando Esparza González, quien amablemente nos proporcionó información y materiales usados en este artículo y a Jaime Luévano, por facilitarnos el mecanoscrito inédito de Ernesto Cabrera Villorio.

Literatura citada

- Alire Garcia, D. (2017). *Hallan oro en ofrenda de lobo azteca sacrificado en Ciudad de México*. Recuperado de <https://www.reuters.com/article/mexico-arqueologia-aztecas-idLTAKBN19S20F-OUSLD>
- Alvarez, T. y Ocaña, A. (1999). *Sinopsis de los restos arqueozoológicos de vertebrados terrestres*. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, D.F., México.
- Anderson, G. (2000). *Fairytales in the ancient world*. Routledge. Londres, Inglaterra, y Nueva York, NY, EE.UU.
- Anónimo. (2020). *Rondas infantiles: lo que cantamos toda la vida sin saber qué queríamos decir*. ADNPaís. Recuperado de <https://adnpais.com/contenidos/14954>
- Blanco, A., Rodríguez, B y Valadez, R. (2007). El lobo mexicano (*Canis lupus baileyi*) en el contexto cultural prehispánico: las fuentes escritas. *Revista AMMVEPE*, 18, 68-76.
- Blásquez, P. (1868). *El cazador mexicano ó el arte de la caza*. Imprenta Litográfica del Comercio, Puebla, México.
- Cabrera Villorio, E. (2009). *Canis lupus*, R.I.P. *Revista La Corriente*, 3-8.
- Cabrera Villorio, E. (2013). *Recuerdos de mi padre, Ernesto Cabrera Ipiña, sobre lobos en SLP*. Mecanoscrito inédito. San Luis Potosí, San Luis Potosí, México.
- Carot, P. y M.-A. Hers. (2008). Epic of the Toltec Chichimec and the Purepecha in the Ancient Southwest. Pp. 301-334 en L.D. Webster y M.E. McBrinn (Eds.). *Archaeology without borders; contact, commerce, and change in the U.S. southwest and northwestern Mexico*. University of Colorado. Boulder, Colo. EE.UU.
- Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas (CONANP). (2009). *Programa de Acción para la Conservación de la Especie: Lobo Gris Mexicano*. Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas. México, D.F., México.
- Chih-chun, H. (1993). The earliest version of the chinese 'Little Red Riding Hood': The tale of the tiger-woman. *Merveilles y Contes*, 7, 513-527.
- Dalquest, W.W. (1953). *Mammals of the Mexican state of San Luis Potosi*. Biological Science Series 1, Louisiana State University. Baton Rouge, Luisiana, EE.UU. 229 pp.
- Díaz De León, J.G. (1892-1910). *Historia de Montesa; o sea, ligeras biografías de sus fundadores y sencillos datos para la verdadera historia. desde sus tiempos remotos hasta nuestros días*. Mecanoscrito inédito. La Montesa, Zacatecas, México, 3, 275.
- Fritts, S.H., Stephenson, R.O., Hayes, R.D. y Boitani, L. (2003). Wolves and Humans. Pp. 289-316 en L.D. Mech y L. Boitani (Eds.). *Wolves: behavior, ecology, and conservation*. University of Chicago. Chicago, Ill., EE.UU. y Londres, Inglaterra.
- Fogg, B.R., Howe, N y Pierotti, R. (2015). Relationship between indigenous American peoples and wolves 1: wolves as teachers and guides. *Journal of Ethnobiology*, 35(2), 262-285.
- Guggisberg C.A.W. (1970). *Wildlife and man*. Evans. Londres, Inglaterra.
- Hall, E.R. (1981). *The mammals of North America*. Wiley. Nueva York, Nueva York, EE.UU, 2, 1181.
- Leopold, A. (1949). Thinking like a mountain. En: *A sand county almanac and sketches here and there*. Oxford University. Nueva York, Nueva York, EE.UU.
- Leopold, A.S. (1977). *Fauna silvestre de México*. Instituto Mexicano de los Recursos Naturales Renovables. México, D.F. México.
- McDonald, A. (2020). *The werewolf: exploring our fascination with part-human creatures*. Recuperado de <https://www.mystorical.net/post/the-allure-of-the-werewolf>
- Matson, J.O. y R.H. Baker. (1986). *Mammals of Zacatecas*. Special Publication of the Museum 24. Texas Tech University, Lubbock, Texas, EE.UU.

- Mellink, E. y Riojas-López, M.E. (2020). Livestock and grassland interrelationship along five centuries of ranching the semiarid grasslands on the southern highlands of the Mexican Plateau. *Elementa: Science of the Anthropocene* 8(20). DOI: 10.1525/elementa.416.
- Mellink, E., Riojas-López, M.E. y Rivera-Villanueva, J.A. (2018). Reconsideration of the nomadic condition of the southernmost Guachichiles based on the relationship with their environment. *Journal of Ethnobiology and Ethnomedicine* 14(24). DOI: 10.1186/s13002-018-0223-x.
- Nowak, R.M. (1999). *Walker's mammals of the world*. 6ta ed. Johns Hopkins University. Baltimore, Maryland, EE.UU.
- Penyak, L.M. (2007). *Vida y muerte de una cultura regional; la Hacienda de Bledos en las memorias de Octaviano Cabrera Ipiña*. El Colegio de San Luis y Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí. San Luis Potosí, San Luis Potosí, México.
- Riojas-López, M.E. y Mellink, E. (2023). Vanishing of the mighty tunales of central Mexico: a five-century history of landscape change. *Elementa: Science of the Anthropocene* 11(1). DOI: 10.1525/elementa.2022.00114.
- Riojas-López, M.E., Mellink, E. y Almanzor-Rojas, D.H. (2019). Estado del conocimiento de los carnívoros nativos (Mammalia) en un paisaje antropizado del Altiplano Mexicano: el caso de Los Llanos de Ojuelos. *Revista Mexicana de Biodiversidad*, 90, e902669. DOI: 10.22201/ib.20078706e.2019.90.2669.
- Sugiyama, S. y López, L. (2006). Simbolismo y función de los entierros dedicatorios de la pirámide de la Luna en Teotihuacan. pp. 131-151. En López Luján, L., D. Carrasco y L. Cué (Eds.). *Arqueología e historia del centro de México; Homenaje a Eduardo Matos Moctezuma*. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, D.F., México.
- Valadez, R., Rodríguez, B., Manzanilla, L y Tejada, S. (2002). Dog-wolf hybrid biotype reconstruction from the archaeological city of Teotihuacan in prehispanic central Mexico. pp. 120-130. En Snyder, L.M. y E.A. Moore (eds.). *Dogs and People in Social, Working, Economic or Symbolic Interaction*. 9na conferencia del International Council for Archaeozoology. Durham, Inglaterra.
- Valadez Azúa, R. (2014). El cuetlachtli en la Historia general de las cosas de Nueva España y sus implicaciones dentro del conocimiento sobre el lobo mexicano (*Canis lupus baileyi*) en las culturas prehispánicas del centro de México. Pp. 935-946 en McClung E. y C. Serrano (eds.). *Memorias de la XXVIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, en homenaje para Alfonso Caso*. Sociedad Mexicana de Antropología e Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.
- Villa R. (1960). Combate contra los coyotes y los lobos en el norte de México. *Anales del Instituto de Biología*, 31(1-2), 463-499.
- Young, S.P. y Goldman, E.A. (1944). *The wolves of North America*. American Wildlife Institute. Washington, D.C.